

OBSOLESCENCIA PROGRAMADA

Antonia Bueno

UNO.— ¿Has juntado bien las conexiones?

DOS.— Sí, todas, sin dejar ni una.

UNO.— No, hombre, me refiero a «las que tienes que juntar».

DOS.— ¿Cómo dices?

UNO.— ¡Ah! Eres nuevo.

DOS.— Bueno... Nuevo, nuevo...

UNO.— ¿Desde cuándo estás aquí?

DOS.— Hará unas... diez eras.

UNO.— ¿Lo ves? Novato total.

DOS.— ¿Y tú?

UNO.— Un EVO por partida doble.

DOS.— ¡Siete eternidades!

UNO.— Y Efficiency Valuation Organization.

DOS.— Ahí ya me pillas.

UNO.— Mi empresa matriz. La encargada de herramientas de medida y comprobación: M&V. ¿Tú vienes de otra empresa?

DOS.— Sí, de una ETT.

UNO.— No me suena.

DOS.— Claro, porque eres eterno y mi empresa es temporal.

UNO.— ¿Y fomenta también la eficacia como recurso?

DOS.— Fomenta la economía sumergida y el consumo de ansiolíticos.

UNO.— De eso no entiendo. Lo mío es la eficacia.

DOS.— Eficacia... Y dices que no hay que juntar todas estas conexiones.

UNO.— *Of course, my friend.*

DOS.— Entonces, ¿para qué se fabrican?

UNO.— ¡Vaya preguntitas, *brother!* Yo qué sé. Yo soy un *mandao*.

DOS.— Como yo.

UNO.— Bueno, déjate de palique y dale a la hélice.

DOS.— ¿A cuál, a la derecha o a la izquierda?

UNO.— Pareces tonto. A las dos.

DOS.— ¡Qué follón! Nunca me aclaro. Podían ser cadenas rectas en vez de retorcidas.

UNO.— Mira que eres mentecato. ¿No ves que así son más resistentes?

DOS.— ¿Y para qué tienen que resistir tanto? Eso va contra la ley.

UNO.— ¿Qué ley?

DOS.— Vaya, veo que ahora eres tú el que pregunta...

UNO.— Vamos, tío, suéltalo ya.

DOS.— La ley de leyes, listillo.

UNO.— ¡Ah! Te refieres a la OP, la Obsolescencia Programada.

DOS.— Sí, a esa. O si prefieres *in English*: a la PO, *Programed Obsolescence*.

UNO.— Prefiero el español.

DOS.— Claro, es más ajustable de morfemas y fonemas.

UNO.— Como una faja... No te digo el friki.

DOS.— Y a mucha honra.

UNO.— Déjate de rollos, que el superjefe está a punto de llegar y nos puede caer un buen puro.

DOS.— Sí, le gusta revisarlo todo *in person*.

UNO.— Seguro que viene con su pajarraco. Esa paloma apestosa que lo pone todo perdido.

DOS.— La gente elige cada mascota...

UNO.— Ahora están de moda los cerditos vietnamitas. Otros cochinos.

DOS.— Pero, al menos, esos no vienen a darnos la lata.

UNO.— Todo sea que al *boss* le dé por cambiar de bicho.

DOS.— Sería divertido.

UNO.— Sería una ordinariez.

DOS.— Al *boss* le encanta disfrazarse.

UNO.— Sí, a menudo la mascota es él.

DOS.— Becerro dorado...

UNO.— Toro cornudo...

DOS.— Cisne...

UNO.— Elefante...

DOS.— Serpiente...

UNO.— Cocodrilo...

DOS.— Triángulo monocular...

UNO.— Eso no es una mascota.

DOS.— Pero mola mazo.

UNO.— Pues anda que el día que trajo cuatro brazos...

DOS.— O tres cabezas...

UNO.— ¿Y la temporada que le dio por la ubicuidad?

DOS.— No podías distraerte un segundo. Fuera donde fueras, siempre lo tenías encima.

UNO.— Menuda lata. Acabamos agotados.

DOS.— Fue más divertido cuando se transformó en viento.

UNO.— Pero igual de molesto.

DOS.— ¿Y cuando se hizo zarza ardiente?

UNO.— Quita, quita... Casi me chamusco.

DOS.— ¿Es verdad que un día apareció de hombre?

UNO.— Sí, con melena y túnica de jipi californiano. Fue la época más pacífica. A no ser por todo aquel enjambre que le acompañaba.

DOS.— ¿De moscas?

UNO.— De moscones.

DOS.— Y he oído que incluso alguna vez toma apariencia de mujer.

UNO.— Pero eso es de higos a brevas.

DOS.— De hecho, yo aún no he conseguido verle con ese disfraz.

UNO.— No te has perdido nada. Es de los más flojitos. No acaba de tenerlo logrado.

DOS.— Es que el *boss* es un tío con toda la barba.

UNO.— Y con todo el poder.

DOS.— No hay quien le tosa.

UNO.— Aunque, ahora que no nos oye..., o así lo espero, le queda un reto.

DOS.— ¿Es posible?

UNO.— Travestirse de bosón.

DOS.— ¿De partícula de Higgs?

UNO.— Sí, colega. Y el asunto le trae de cabeza.

DOS.— Claro, por eso últimamente nos deja un poco más tranquilos. ¿Tú crees que lo conseguirá?

UNO.— Seguro, a cabezota no le gana nadie. Bueno, vale ya de disquisiciones carnavalescas.

DOS.— Oye... ¿Él también será OP?

UNO.— No creo.

DOS.— ¿Por qué no? Él hizo la ley.

UNO.— Quien hizo la ley hizo la trampa.

DOS.— ¿Y nosotros?

UNO.— ¿Qué?

DOS.— ¿Seremos... OP?

UNO.— ¡No fastidies!... ¿Tú te has notado algo?

DOS.— A veces me crujen las tripas.

UNO.— Tendrás hambre.

DOS.— O me pitan los oídos.

UNO.— Estarán hablando de ti.

DOS.— ¿Tú crees?...

UNO.— No creo que la OP rece con nosotros.

DOS.— ¿Por qué no va a rezar..., estando donde estamos?

UNO.— ¡Vale ya, tío! Vamos a lo nuestro.

DOS.— Ok, voy con mi doble hélice... ¿Cuánto ADN le pongo?

UNO.— Jo. Cada vez venís más pardillos. Pues lo de siempre: los tres billones de pares de bases químicas, menos las dos moléculas consabidas.

DOS.— Eso de consabidas... no irá con retintín.

UNO.— No, va con retontón.

DOS.— ¿Tú sabes por qué no le ponemos esas dos?

UNO.— Hay que fastidiarse. ¿Voy a tener que explicártelo todo, hasta lo más evidente?

DOS.— Al menos, explícame algo.

UNO.— Son las normas, tío. Si lo hacemos todo «bien», estos aparatos durarán una eternidad.

DOS.— Tienes razón. Y entonces, ¿qué sería de nosotros?

UNO.— Al paro eterno.

DOS.— Tú, total ni lo notarías. Pero yo... ¡Qué horror!

UNO.— ¿Has insertado bien el software?

DOS.— Sí, claro, activando solo la pequeña banda de frecuencia prescrita.

UNO.— Muy bien. Estos aparatos son la leche de sofisticados y hay que andarse con ojo.

DOS.— Quién sabe si algún día se hartarán de restricciones y sacarán los pies del tiesto.

UNO.— Alguno ya lo ha hecho.

DOS.— ¡No me digas!

UNO.— Hace poco, uno se autocolocó las conexiones que faltan.

DOS.— ¿Ellos también pueden *hackear*?

UNO.— Parece que sí.

DOS.— ¿Por qué no se conformarán con su función...? A veces me dan envidia.

UNO.— Sí, lo tienen todo tan fácil.

DOS.— No como nosotros, con quebraderos de cabeza interminables.

UNO.— Mira este, nos observa como si entendiera.

DOS.— Quién sabe. Son tan especiales.

UNO.— Ponle ojos azules, anda, y pelo rubio. Así ligará más en la disco.

DOS.— Pero... no se parecerá a sus padres.

UNO.— Y a nosotros qué nos importa.

DOS.— Sus padres son de Senegal.

UNO.— Bueno, puede haber salido a algún abuelo.

DOS.— Puede... Hay genes recesivos.

UNO.— Apura, que ahí está el jefe.

DOS.— Y a ese no se le pasa una.

UNO.— Sacúdete esas alas, que las llevas llenas de caspa.

DOS.— Gracias. Tengo que cambiar de champú. El que uso ya no rula.

UNO.— Tendrá obsolescencia programada.

DOS.— Claro... Como Dios manda.